

La reeducación de los inadaptados psíquicos

ISABEL DIAZ ARNAL

Experto de la Comisión Médico-Pedagógica
y Psico-social del Bureau International
Catholique de l'Enfance

I. EXPLICACION DE LOS TERMINOS

Previa a la exposición del contenido del artículo se impone una delimitación o aclaración del sujeto y el objeto, es decir, de los términos encerrados en el epígrafe que encabeza estas líneas.

Inadaptados psíquicos (sujeto).—En esta categoría de inadaptación se encuadran a dos sectores principalmente:

1) Los *oligofrénicos, deficientes o retrasados mentales*, inadaptados intelectuales, denominaciones semejantes para designar a aquellos niños o muchachos que no pueden frecuentar los centros de educación para niños normales porque su inteligencia es inferior a la normal, presenta un déficit de diversos grados (desde el ligero hasta el profundo) y porque su personalidad en general se resiente de esta inferioridad mental, reflejándose en sus reacciones afectivas y volitivas.

2) Los *difíciles, caracteriales, psicópatas*, niños que, poseyendo una inteligencia normal, acusan, sin embargo, un desajuste de su personalidad, un desequilibrio afectivo-emocional y de voluntad, por causas disposicionales y ambientales; este desajuste les crea conflictos o fricciones con el medio ambiente escolar, familiar y social en general, por lo que en ciertos momentos necesitan de una actuación educativa especializada.

Aunque los tipos absolutamente puros son raros, ya que se dan combinaciones de grados leves de oligofrenia o retraso mental con trastornos caracteriales, el encuadramiento de cualquiera de estos sujetos en la categoría de difícil o de oligofrénico lo facilita el predominio de uno de los dos aspectos: el trastorno o perturbación personal con buena inteligencia, en el primer caso, y el déficit intelectual, en el segundo.

TECNICAS DE REEDUCACION (OBJETIVO)

Se diferencian de las metodologías o técnicas didácticas porque:

— No aluden directamente al aspecto instructivo, a la materialidad de enseñar.

— Son maneras de actuar o hacer con las personas de los inadaptados para su rehabilitación personal.

En el caso *del deficiente mental*, para aprovechar sus facultades, las que le restan, y hacerle que se sirva de ellas para su adaptación social.

En el *del niño difícil*, para modificar, cuanto humanamente sea posible, ese desequilibrio personal para que el desajuste en el ambiente ceda y el niño se readapte.

II. PUNTOS DE CONTACTO EN LA ACTUACION CON DEFICIENTES Y DIFICILES

A pesar de que las técnicas de reeducación habrán de variar respecto del tipo de inadaptación, hay, sin embargo, algunos puntos de vista que convienen por igual a las dos grandes categorías de inadaptados psíquicos (deficientes mentales y difíciles). Estas son las siguientes:

a) *Actitud del educador frente al niño.*—El concepto del niño «tonto» y «malo» ya ha sido superado en nuestros días, porque los conocimientos psicológicos y psiquiátricos han arrojado mucha luz sobre la comprensión de la personalidad infantil, influyendo en el cambio de actitud pedagógica. El niño no es tonto porque quiere, ni es malo deliberadamente, sino que una serie de causas externas e internas le impelen a manifestarse de ese modo fuera de lo normal.

b) *Consideración psicológica total respecto del niño.*—Las cualidades defectuosas o formas anómalas de comportamiento no son algo yuxtapuesto a las buenas cualidades o formas normales; forman un todo en la persona del niño inadaptado, que sufre o se resiente cuando sufre uno de sus miembros.

La actuación pedagógica no consiste, pues, en eliminar las cualidades malas sustituyéndolas por otras, sino que es mejoramiento total de la personalidad, lo mismo en el aspecto corporal que en el intelectual y psíquico en general.

c) *Determinación de posibilidades, conocien-*

to justo de las limitaciones.—No se puede perseguir lo imposible, no hay posibilidad de hacer lo anormal normal. Pensar que la pedagogía terapéutica va a transformar la cualidad deficitaria en completa y normal es un error. La educación especial puede modificar y mejorar la personalidad en el sentido de perfectibilidad, nunca en el de creación; eso sólo le compete a Dios.

d) *Colaboración entre médico y educador.*—La reeducación del inadaptado psíquico no puede ser exclusivamente del dominio del médico ni del educador aislado del clínico; para que el tratamiento de un pequeño sea verdadero es necesaria la imbricación de ambas actuaciones que se completan entre sí. El educador puede aportar datos que al médico se le pasan inadvertidos en el espacio de tiempo que tiene ante sí al inadaptado, y al mismo tiempo el educador encuentra en el asesoramiento del médico un apoyo para su actuación pedagógica.

e) *Previo conocimiento del niño, de su personalidad, antes de comenzar el tratamiento a seguir.*—Por su evidencia no necesita de una más amplia explicación.

Estos son, en resumen, los aspectos comunes que caracterizan por igual a la técnica de reeducación de inadaptados psíquicos.

No obstante, la distinta finalidad de dichas técnicas referidas de manera concreta a los deficientes mentales y a los difíciles (y los elementos con que contamos, teniendo como base la personalidad de estas dos categorías de niños) hace que se diversifiquen en el modo y en el alcance.

En el deficiente mental no contamos con la inteligencia, no podemos hacer una llamada a la comprensión, a la reflexión del niño, porque, desgraciadamente, no responde en el grado suficiente; pero, en compensación, el caudal afectivo es enormemente rico y nos ayuda en el esfuerzo pedagógico.

En el niño caracterial o difícil, cuya afectividad y voluntad están perturbadas, el resorte intelectual colabora en nuestra tarea de readaptación para vencer esa distonía afectivo-emocional que dificulta el desarrollo y la integración social del niño.

¿Cómo obrar con los dos sectores de inadaptación psíquica?

III. LAS TECNICAS DE REEDUCACION REFERIDAS AL DEFICIENTE O INADAPTADO INTELECTUAL

Persiguen.—La finalidad primordial de esta actuación pedagógica curativa es la de dotarles de un contenido psicológico, de hacerles personas, que sepan aprovechar su contenido mental y lo apliquen a conocer el mundo, las personas, las cosas, y se puedan insertar en la vida social, aunque sea en el grado más simple.

Los rasgos decisivos en la actuación con deficientes en vistas a su reeducación vienen determinados por:

Actitud correcta del ambiente frente al niño. Empezando por los padres y hermanos. Ahora bien: en esta tarea surgen no pocas dificultades, porque en gran parte de los casos el hijo ha heredado la deficiencia mental del padre o de la madre, y precisamente por eso son incapaces de comprender la necesidad de educar a su hijo de manera especial; si añadimos a esto que cuando el padre es deficiente la capacidad para el trabajo remunerativo está limitado y, en consecuencia, la disponibilidad económica para proporcionar al hijo una educación adecuada a su déficit resulta casi imposible.

Se impone el hacer ambiente del problema en la calle, en el Estado, en los particulares, poniendo de relieve el sentido y la utilidad de la reeducación. Un movimiento de empuje en este sentido lo constituyen las asociaciones de padres con hijos deficientes, por la fuerza que producen en los distintos ambientes que frecuentan las familias que las integran. Actualmente existen en la tercera parte de las provincias españolas y se acusa una tendencia a organizarse en muchas otras que aún no existen.

Reconocimiento precoz de la deficiencia, porque la infancia es la época de máxima plasticidad y la definitiva en la configuración posterior de la personalidad. En el deficiente mental la edad óptima para una reeducación fructuosa es la de los seis a dieciséis años. Por esto sería necesaria una *revisión de todos los niños al comienzo del cuarto año de la vida.* Ello nos daría los que ya estén retrasados desde el punto de vista corporal, psíquico e intelectual. En el extranjero se lleva a cabo esta medida profiláctica por medio de jardines de infancia especiales, en los cuales los pequeños se entrenan en una serie de ejercicios de adiestramiento sensorial—acústico, óptico, táctil—en la ejecución de movimientos, en los cuales se les va creando una fase intermedia, un compás de espera entre impulso y reacción, que en el normal se hace mediante la reflexión; estos jardines, además de discriminar a los pequeños, facilitan la educación especial propiamente dicha.

Nuestros grados de maternales y jardines de infancia para normales podrían prestar un gran servicio a este respecto si el personal que los atiende recibiera una formación adecuada.

La enseñanza especial dedicada a los deficientes mentales ha de tener en cuenta premisas que no debe soslayar para no correr el riesgo de que los esfuerzos pedagógicos resulten baldíos. Entre las principales están las que siguen:

El pensamiento o mentalidad del deficiente es primitivo.—Esto significa que sus relaciones y conexiones como contenido intelectual no son lógicas, sino vivenciales; por este motivo el mundo de lo abstracto es algo que no llegará a dominar porque no lo puede comprender; lo abs-

tracto es una creación mental del hombre y no se ve en el campo de lo concreto, único accesible al deficiente. Es perder el tiempo pretender, por parte de aquél, que comprenda cualquier clase de conocimiento abstracto, por sencillo que sea.

El principio del movimiento.—No sabrá nunca lo que no pueda hacer. Su aprendizaje está basado en la repetición continuada de ejercicios, en habituación a la acción dirigida desde fuera por el educador.

Enseñanza vivencial, instintiva, vivida y sentida por él en lo primario del ser. Intuitiva en el más amplio sentido de la palabra—viendo, oliendo, tocando, gustando—, sin suposiciones lógicas o realidades sustituidas por la palabra.

Enseñanza diferente de la ordinaria.—La enseñanza especial no se parece ni cualitativamente a la dispensada a normales. *Ni en el modo,* ya que el profesor de deficientes debe ser libre en la creación diaria de la situación educativa y formadora. Ni posee la graduación escolar ordinaria, pues ésta se adapta al desarrollo mental normal y de acuerdo con ello estructura materias y programas; la educación especial tiene como finalidad el adiestramiento funcional de las facultades deficitarias para que rindan un beneficio personal al deficiente en la vida, sin que persiga la adquisición de una serie de materias ajustadas a un programa a cumplir.

Ha de ser ocasional.—No condicionada a la realización de un programa marcado al que haya de plegarse automáticamente la actuación pedagógica; ha de estar subordinada al sujeto aprovechando lo que resulte beneficioso en un momento determinado.

Exigencias mínimas que le planteará la vida ulterior.—Estas han de tenerse en cuenta desde el primer momento, ya que, en definitiva, son el exponente de la eficacia de la reeducación. Por esto, y dado que el aprendizaje es muy lento en ellos, se impone el adiestrarlos manualmente y en aquellas materias instrumentales que sean capaces de asimilar—lectura, escritura, manualidades—, pero sólo en la medida en que hayan de necesitarlas, sin perder el tiempo en algo que después no le va a exigir la vida, y que quizá resta dedicación a la enseñanza práctica, a la habilidad manual, que es la única que le hace accesible a una ocupación laboral.

Habituación a formas de cultura y vida diarias.—También el mínimo en el contenido y en la forma de las relaciones sociales es necesario hacer aprender al deficiente por medio del ejercicio repetido de fórmulas que le darán una cierta facilidad para responder ante situaciones corrientes—saber recibir visitas, pedir trabajo, realizar pequeñas gestiones en Correos, etc., saludar—, y esto sólo sabrá hacerlo a fuerza de repetir una serie de fórmulas correspondientes a diversas situaciones. Aunque se corra el riesgo de que se equivoque en los primeros momentos, es enormemente eficaz su aprendizaje. Hasta en la esfera de lo sexual el decoro aprendido es beneficioso.

Hacer mejor que hablar.—Necesitado como está el deficiente de una asistencia continuada que le marque los objetivos, que él por sí mismo no se puede fijar, es necesario entrenarle en la realización de objetivos parciales que se encaminan a la finalidad prefijada. Es imprescindible establecer un orden en sus acciones para colaborar a la fijación, pues el cambio diverso en la ejecución de las mismas acarrea una inseguridad y confusión difíciles de superar en el deficiente y le incapacitan para realizar algo con unidad y firmeza. La creación de un ambiente estabilizado es el marco idóneo.

Educación de la aptitud para el trabajo.—Es algo muy importante en la reeducación el ejercitarles en manualidades que desembocan más tarde en una verdadera terapéutica ocupacional cuando desempeñe en su juventud y madurez un oficio u ocupación concorde con el grado de sus facultades. Habituarse a hacer cosas que le agraden y que le desagraden o le agraden menos es un ejercicio de voluntad muy valioso. No puede hacerse que superen el desagrado, porque ello requiere un grado de desarrollo mental que les falta; sin embargo, sí puede entrenárseles en la realización de cosas, *a pesar de que les desagraden* o que les agraden menos que otras a las que se entregan con verdadero placer.

La monotonía en el trabajo y en la vida es un bien para el deficiente. El sentimiento positivo de sí mismo se acrece con la repetición de actos que domina y no siente tedio ni aburrimiento, sino una alegría interior ilimitada; por esto es apto para trabajos en serie de fábricas y talleres, en los que la repetición de actos les produce agrado continuo.

Ventajas del establecimiento sobre la acción aislada.—En el campo de la reeducación el establecimiento especializado supone un mayor y mejor esfuerzo pedagógico, porque en él se combina la escuela y la vida y se pueden aprovechar al máximo las horas libres del niño, tan decisivas en la eficacia de la educación.

IV. LAS TÉCNICAS DE REEDUCACION REFERIDAS A NIÑOS DE EDUCABILIDAD DIFÍCIL

En el caso del niño difícil, caracterial, es decir, el que presenta perturbaciones de su afectividad y voluntad, con trastornos caracteriales como resultado de esa perturbación personal, *las técnicas de reeducación tienden a dotar a esa personalidad desajustada de los resortes necesarios para lograr el dominio de sí, con objeto de que se acople sin fricción, o con el menor roce posible, en el medio social—familiar, escolar o profesional—cuando sea adulto.*

¿Cuáles son los elementos básicos de esta reeducación?

Organizar el ambiente para cada uno de los sujetos. El hecho de que cada niño difícil sea un

caso particular obliga a la organización del ambiente en que se desenvuelve para estimular o provocar la situación o disposición más favorable en el sentido de utilidad social; por otra parte, esta organización ambiental tiende a alejar del medio todo lo que influye desfavorablemente en el sentido de agrandar los defectos dispositionales del pequeño.

Transformación parcial o completa del medio. No sólo en el aspecto cuantitativo, sino también en el cualitativo, ya que ha de tenerse en cuenta la modalidad personal característica de cada uno. Así, por ejemplo, los hipotímicos (de tono afectivo bajo) necesitan una estimulación ambiental rica, mientras los hipertímicos (de alta tonalidad afectiva) deben beneficiarse de una estimulación pobre.

Ahora bien: una *estimulación rica no quiere decir el vivir en una calle llena de ruidos, una casa alborotada, con vecinos y familiares charlatanes y alborotadores, ni mucho menos; éstos son estímulos casuales que no son dirigidos, sino que se presentan inoportunamente, y por lo mismo perjudican. La estimulación rica significa método y consecuencia de los estímulos necesarios.*

Por el contrario, la estimulación pobre, el *ambiente pobre en estímulos*, no es tampoco la frecuentación de una familia aburrida, un mundo monótono con las mismas personas y situaciones repetidas constantemente, sino *la exclusión deliberada de aquellos estímulos que dañan al sujeto.*

El modo de transformación del ambiente se soluciona en ocasiones mediante el cambio o traslado del niño a otro ambiente—de la ciudad al campo, de la casa paterna a la de otros familiares—; sin embargo, el cambio simplemente no es siempre un medio mejor, sino que adolece de las mismas dificultades y sólo cambia el marco externo.

Saneamiento en la familia del niño.—Una de las maneras de organizar el ambiente es el reformar con asesoramiento y consejo la familia del niño. Es el medio por excelencia para su reeducación y hay que intentar modificarlo, cuando no es favorable, antes de tomar otras decisiones con vistas a la reeducación del niño difícil.

Con frecuencia, cuando se siguen de cerca las dificultades educativas de algunos padres respecto de sus hijos «difíciles», se observa que los defectos a que aluden, en su deseo de ser ayudados, son más bien *defectos con el niño que defectos en el niño o del niño*. Es decir, que la actitud de oposición o fricción súrgida entre padres-hijo se debe a la mala actuación o actuación defectuosa de los primeros, más que a la personalidad del pequeño en cuestión.

Unas veces es la madre excesivamente apegada al hijo la que busca consuelo en esa ligazón desmesurada que favorece con caprichos y mimos enormemente perjudiciales para el desarrollo del niño, en el que crea una personalidad ve-

leidosa a la que limita en su camino hacia la madurez. Otras, la violencia del padre pone a prueba al pequeño al hacerle blanco del odio y disgusto que experimenta en sus relaciones sociales y profesionales, proyectando sus desequilibrios emocionales.

Aunque es difícil conseguir la modificación de estas actuaciones paternas erróneas por la susceptibilidad que lleva aneja y por la suficiencia aducida generalmente por los padres, que por el hecho de serlo se consideran casi infalibles en cuanto a lo acertado de sus actitudes paternofiliales, no es desesperanzador el hecho de que se enderecen fricciones y conflictos infantiles cuando padres conscientes se dejan aconsejar en cuanto al cambio de pequeños detalles materiales y de modos de actuar, cuyo resultado lleva a la desaparición de las dificultades educativas hacia el niño.

Familia adoptiva.—Cuando no es posible el saneamiento de la propia familia, el recurso a la familia de adopción, desde el punto de vista educativo, es el sucedáneo inmediato. Esta ha de reunir ciertas condiciones para que sea verdaderamente reeducativa. No es la cuestión económica la discriminante de este valor de reeducación, sino la preparación psicológica de los miembros adoptantes. El hecho de que la familia cuente ya con hijos normales que van a compartir con el niño difícil el mismo hogar, plantea problemas si la formación psicológica de los padres no es suficientemente completa.

La carencia de hijos propios no es tampoco el ideal, pues la concentración excesiva de ambos en el niño puede continuar actuando desfavorablemente. El *foyer nourricier* como institución externa del establecimiento para difíciles es una fórmula generalizada en el extranjero, mediante la cual la familia adoptiva está en relación directa con el Centro, y por este medio se resuelven las cuestiones que pudieran surgir durante la estancia del niño fuera de su familia, en el curso de su reeducación.

Aparte de esta norma general de apartamiento del ambiente desfavorable se requiere la aplicación de normas pedagógicas curativas, entre las que destacan:

Actitud correcta del educador. — Precisamente porque la personalidad del niño difícil manifiesta una inseguridad y una inestabilidad interna en sus acciones que es preciso frenar, para llegar a obtener de él esa autocorrección que no puede lograr a causa de su defecto disposicional, el educador debe mostrar siempre una severidad constante frente al niño, que no es rigidez, sino seguridad flexible pero constante en todos y cada uno de los momentos en que convive. Aquí vale también el principio moral de que *malum est quocumque defecto*, es decir, si se ha estado esmerando el educador por mostrarse seguro y decidido en todas sus relaciones con el niño, como en una sola ocasión posterior, abandone esa postura, habrá estropeado, si no toda su labor de

reeducación, si una gran parte de ella. Esa imagen que de él se había formado el niño en repetidas ocasiones se hace confusa en el primer fallo.

No debe esperar reciprocidad afectiva en el niño. Como dice muy bien un pedagogo vienés, el que pretenda tener alegrías con estos niños que abandone la pedagogía terapéutica. Ha de aceptar el educador la «mala voluntad» del niño sin esperar correspondencia afectiva por parte de éste, al menos tempranamente.

Constancia de influencias.—La firmeza del educador ha de perdurar sin que la modifique el episodio esporádico de resistencia por parte del niño. Esto significa que la reacción de agresividad o de pasividad ante las instancias del educador no deben mover a éste a la irritación y a adoptar una postura en consonancia con ella. Debe dominar la situación sin irritarse, obrando siempre de acuerdo con los fines correctos para el niño. Es difícil conservar este autodomínio, pero para exigirselo progresivamente al niño hemos de habérselo manifestado de modo constante por nuestra parte, convirtiéndose en una autoeducación excelente.

Unidad en el tratamiento educativo.—De igual modo que propugnábamos la colaboración entre médico y educador como uno de los aspectos comunes a la reeducación de deficientes mentales y difíciles, es esencial en estos últimos, de modo más relevante, la unidad entre todo el personal que está integrado e implicado en su reeducación. Y aunque es difícil obtener la unión perfecta de todo un equipo de personal, es decisivo que, al menos, los que desempeñan el papel más importante de ella estén interrelacionados de manera que no se dé solución de continuidad en la actuación del conjunto frente al niño, por sus funestas consecuencias.

Adecuación a la edad y al tipo de los niños.—Esta es necesaria para afinar al máximo los recursos individuales en favor de la reeducación, esto es, para enseñarles a adaptarse, a ser útiles, desde el punto de vista social. La capacidad de adaptación no significa supresión de la individualidad, sino disposición a sacrificarse por el bien del conjunto, el reconocimiento de los derechos de la comunidad y del individuo inserto en ella.

Conversación pedagógica curativa o psicoterapia.—En ratos cabalmente escogidos por el educa-

dor y en los que el niño se encuentra en situación adecuada, el intercambio personal de los problemas personales del pequeño es un medio excelente para aclarar situaciones íntimas dudosas y hacer aflorar seguridad y equilibrio, favoreciendo la eclosión de las fuerzas positivas del muchacho.

V. ASISTENCIA ULTERIOR AL INADAPTADO PSIQUICO

La obra de la reeducación no se termina sino después de haber asegurado una tutela o asistencia ulterior al inadaptado, una vez egresado del centro de educación especial.

La asistencia que se ha de prodigar al deficiente mental va encaminada de modo más directo a la protección en el aspecto laboral y en el humano, es decir, a no permitir que el patrón o persona que los emplee abuse de ellos en la remuneración exigua de su trabajo, por sencillo que sea, ni a someterle a ocupaciones excesivamente fatigosas, contra las cuales no sabe rebelarse, porque el deficiente mental, sobre todo de grado medio y ligeramente profundo, no es mayor de edad nunca en el ejercicio de sus deberes y derechos. En el aspecto humano y referido de modo especial a las muchachas, la asistencia ulterior evita en lo posible que sean objeto de seducción por sujetos desaprensivos que las consideran fáciles a causa de su déficit mental.

La tutela de la que ha de beneficiarse el difícil va encaminada de modo principal a solucionar los posibles conflictos laborales originados por la impulsividad reactiva de estos muchachos que producen fricciones en la convivencia del personal en fábricas o talleres; en otras ocasiones se verá obligada a velar por la continuidad del muchacho en el empleo, que rima desfavorablemente con la característica inestabilidad de muchos niños difíciles.

Estas son, en resumen, las directrices de las técnicas de reeducación de inadaptados psicóticos, los cuales, si bien tienen cualidades negativas que es preciso soslayar, no carecen tampoco de aspectos positivos que coadyuvan en la tarea de su educación.